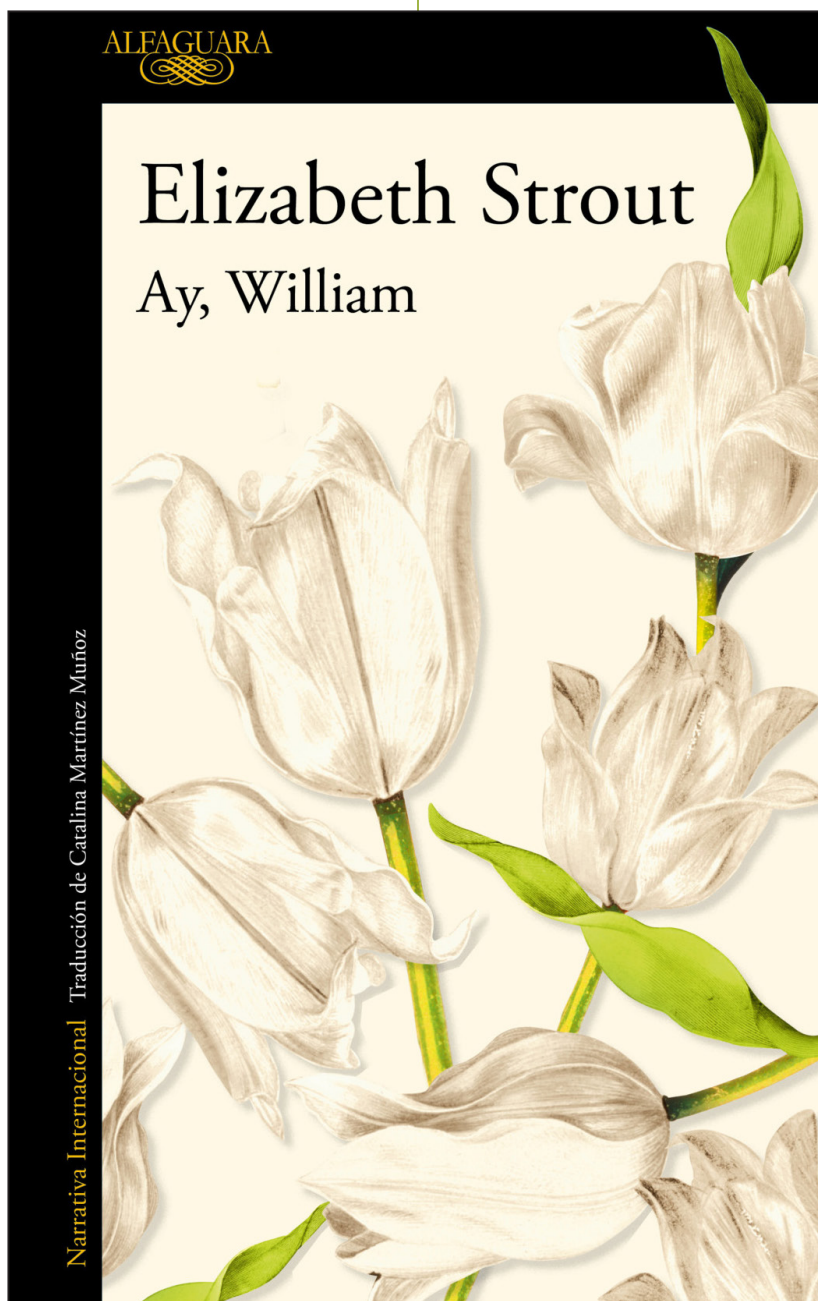




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

QUIÉN ES LUCY BARTON EN LA JUVENTUD

La maravillosa voz de una mujer joven que, mientras se recuperaba en la cama de un hospital de Nueva York con vistas al edificio Chrysler, recordaba lo precaria y frágil que fue su infancia protagoniza *Me llamo Lucy Barton*, el primer volumen de lo que es, hasta ahora, una trilogía. En *Ay, William*, el tercer volumen, Lucy vuelve ahora con 65 años para visitar el matrimonio con su primer marido.

En *Me llamo Lucy Barton*, Lucy pasa las horas sola en la habitación de hospital salvo por las visitas esporádicas de su marido y sus dos hijas pequeñas y la de su madre que se queda a su lado un par de días. La pesada presencia de su madre la hace viajar con la memoria al pasado, a sus años en un pueblecito minúsculo de Illinois, Amgash. Hay en este primer libro de la trilogía una Lucy insegura y débil que está realmente sola y apenas comienza su carrera como escritora. La potencia narrativa de su voz, tan sensible, tan sencilla y llena de pequeños detalles cotidianos y emocionales, te lleva por los vericuetos de su vida pasada y presente como si fuera una amiga que, después de muchos años de ausencia, vuelve a tu vida para ponerte al día.

En *Ay, William* se retoman los temas del primer libro y se ofrecen detalles que ayudan a dar una mirada más amplia y profunda de la relación de Lucy con su primer marido, William, protagonista del tercer libro.

SINOPSIS DE *AY, WILLIAM*. QUIÉN ES LUCY BARTON EN LA MADUREZ

Inesperadamente, Lucy Barton se convierte en confidente y apoyo de William, su exmarido, el hombre con el que ha tenido dos hijas que son ya adultas, pero que ahora es casi un desconocido presa de terrores nocturnos y empeñado en desvelar el secreto de su madre.

Mientras su nuevo matrimonio se tambalea, William quiere que Lucy lo acompañe en un viaje del que no volverá siendo el mismo. ¿Cuántos sentimientos, celos, piedad, temor, ternura, decepción, extrañeza caben en un matrimonio, incluso cuando ha terminado si tal cosa es posible? Y en el centro de esta historia, la voz indomable de Lucy Barton, su reflexión profunda y perenne sobre nuestra propia existencia: «Así es como funciona la vida. Todo lo que no sabemos hasta que ya es demasiado tarde».

En *Ay, William*, Lucy Barton tiene 65 años, es una escritora de éxito y acaba de perder a David, su segundo marido, chelista en la Filarmónica de Nueva York. Sus dos hijas, Becka y Chrissy, son mayores y están casadas y William, su primer marido, está casado con Estelle, veintidós años más joven que él, y tiene una hija de diez años, Bridget. Han pasado varias décadas y Lucy y William son amigos, es más, William se apoya en ella como confidente.

«Llevábamos más de veinte años casados cuando lo dejé, y tenemos dos hijas, y nuestra relación ahora es muy cordial: no sé exactamente cómo. Hay muchas historias de divorcio horrorosas. La nuestra, al margen de la separación en sí, no lo es. Yo a veces pensaba que me moriría de pena si nos separábamos, y en el daño que les haría a mis hijas, pero no me he muerto: estoy aquí, y William también.»

Un buen día, cuando estaban tomando un café en el Upper East Side—Lucy nunca se fue de Nueva York—, William le contó que tenía terrores nocturnos. Soñaba con su madre, Catherine, que había muerto hacía muchos años, pero ahora es como si sintiera su presencia en la casa. Se despertaba de noche y sentía que su madre estaba ahí con él. Y para superar sus terrores, pensaba en Lucy, pensar en ella le daba tranquilidad porque sabía que ella estaría siempre al otro lado del teléfono si él la necesitaba. También tenía terrores con su padre. El padre de William fue un soldado nazi, prisionero de guerra al que mandaron a trabajar a los campos de patatas de Maine cuando acabó la guerra y allí conoció a su madre. En el terror nocturno, William veía los campos de concentración y las cámaras de gas donde habían asesina-

dos a miles de personas y todo se volvía oscuro y opresivo. Su mujer no sabía nada. Entre Lucy y William había una profunda complicidad.

«—¿Sabes qué? —dije—. Creo que los terrores nocturnos desaparecerán poco a poco. Debe de ser una fase de algo: pasarán por sí solos.

William volvió a mirarme.

—Son los de Catherine los que más me angustian —explicó—. No tengo ni idea de qué van. —Siempre se refería a su madre por su nombre de pila, aunque también decía “mi madre”. No recuerdo haberlo oído nunca llamarla “mamá”. Entonces dejola servilleta en la mesa y se levantó—. Tengo que irme. Siempre es un gusto verte, Botón.

—¡William! ¿Desde cuándo bebes café?

—Desde hace años —dijo. Me dio un beso. Noté que tenía la mejilla fría y me arañaba ligeramente con el bigote.

Me volví a mirarlo por la ventana mientras se alejaba deprisa hacia el metro. No iba tan erguido como de costumbre. Había en su imagen algo que me rompió el corazón. Pero yo estaba acostumbrada a eso: me pasaba casi siempre que lo veía.»

A partir de aquí, Lucy retoma uno de los hilos del pasado y echa la vista hacia atrás para hablar de cómo salió de Amgash para ir a estudiar a la universidad y que fue allí donde conoció a William. Se acuerda de cuando se separaron —es como si en este libro retomáramos la voz de Lucy Barton un par de décadas después y volviese a contarnos su historia,

pero con matices nuevos— y de que se hizo escritora en cuanto lo dejaron. Bueno, más que hacerse escritora, comenzó a creérselo:

«Dejé a William justo cuando las niñas se iban a la universidad. Me hice escritora. Bueno, siempre fui escritora, pero entonces empecé a publicar libros —había publicado uno— sin parar: eso es lo que quiero decir.»

Lucy hace un exhaustivo repaso a las relaciones que William tuvo después de su separación. Primero, se casó con otra mujer, Joanne, tan solo un año después de que se separaran. Y Joanne era amiga de Lucy, era la amiga que cuidó de sus hijas cuando estuvo en el hospital y la que las acompañaba a visitarla. El matrimonio duró siete años. Más tarde, conoció a Estelle, veintidós años más joven que él, y tuvieron a su hija Bridget. A veces, cuando hablaba con Estelle por teléfono a lo largo del día la llamaba Lucy y a ella no parecía importarle. A pesar de la buena relación que tiene con William, Lucy no deja de darle vueltas a su matrimonio con él, lo compara con el de Estelle, se fustiga pensando en el pasado.

«Cuando estábamos casados, yo a veces lo aborrecía. Con una especie de temor y opresión en el pecho, veía que con su amabilidad distante y sus buenas palabras era inalcanzable. Algo peor. Que detrás de tanta amabilidad se escondía una hostilidad juvenil, un malhumor del alma intermitente, un niño regordete con un puchero en los labios que culpaba a todo el mundo de sus males: me culpa-

ba a mí; tenía esta sensación muy a menudo; me culpaba por algo que no tenía nada que ver con nuestra vida presente, y me culpaba hasta cuando me llamaba “cariño”, me preparaba el café —aunque él entonces nunca tomaba café, me preparaba una taza todas las mañanas— y me lo ponía delante como un mártir.

Olvidate del puñetero café, me daban ganas de gritar a veces, que ya me lo hago yo. Pero lo aceptaba, rozándole la mano, y le decía: “Gracias, cariño”. Y así empezábamos un día más».

Paralelamente a la trama del pasado de William, Lucy salta de un pasaje a otro de su propia vida. Nos habla sobre David, su segundo marido, de cómo cayó enfermo y murió. Y Lucy se acuerda de que a la primera persona que llamó cuando supo que estaba enfermo y cuando murió fue a William. Así de fuertes son los lazos que los unen. Un día, Estelle dejó a William. Desapareció del piso, se llevó las alfombras y a su hija con ella y nunca más volvió.

En el último cumpleaños que Estelle y William pasaron juntos, ella le hizo a William un regalo que funciona como leitmotiv en toda la novela: la posibilidad de investigar en su propia genealogía y saber quiénes fueron sus antepasados. Y William decide investigar sobre su pasado. Catherine, la madre de William, tiene un gran protagonismo en la novela. No solo por lo que supone la investigación sobre su pasado, sino por la relación de apego que tenía con Lucy. De alguna manera, quería ser una madre para Lucy, pero también era una persona que la trataba con mucha

condescendencia. Si la clase era un tema que se tocaba en *Me llamo Lucy Barton*, en *Ay, William*, es uno de los temas centrales de la obra.

«Cuando la conocí me sorprendió la elegancia de su casa. Creo que llegó muy alto en la escala social. Nunca he entendido bien el asunto de las clases sociales en Estados Unidos, porque yo vengo de lo más bajo y eso en realidad te marca para siempre. Quiero decir que en realidad nunca he superado mis orígenes, la pobreza: supongo que eso es lo que quiero decir.

Pero Catherine, cuando me conoció, me presentaba a sus amigos apoyando una mano en mi brazo y diciendo como si tal cosa: “Esta es Lucy. Viene de la nada”. Ya hablé de esto en un libro anterior.»

Cuando William se pone a investigar sobre su familia, descubre que su madre tuvo una hija con Clyde Trask, su primer marido, el agricultor de patatas, a la que abandonó y nunca se lo contó. Cuando su madre conoció a Wilhelm, el padre de William —un exsoldado alemán que tocaba el piano como los ángeles y había llegado a Maine como prisionero de guerra para trabajar en los campos de patatas—, lo dejó todo por él, la granja, a su marido y a su hija. La hermana de William se llamaba Lois Bubar y seguía viva.

«Y fue entonces cuando Catherine se enamoró hasta el tuétano de él: con auténtica desesperación. Clyde Trask, el plantador de patatas, tenía un piano en el salón. Por lo visto su madre lo to-

caba, pero había muerto justo antes de que Catherine se casara con Clyde Trask. El piano estaba olvidado. Era un piano vertical, antiguo. Y Catherine nos contó que, un día que su marido no estaba allí— había ido a Augusta, porque era representante en la cámara legislativa del Estado y tenía una reunión con alguna comisión, aunque no estaban en periodo de sesiones—, Wilhelm entró en la casa. Catherine se asustó pero le sonrió. Él se quitó la gorra, entró en el salón y se sentó a tocar el piano.

Fue en ese momento cuando Catherine se enamoró perdidamente de él, sin remedio. Decía que nunca había oído nada tan bonito como lo que Wilhelm tocó ese día. Era verano, una ventana estaba entreabierta y la brisa acunaba la cortina mientras Wilhelm tocaba el piano. Era una pieza de Brahms, aunque Catherine entonces no lo sabía. Estuvo tocando un buen rato, y solo la miró un par de veces. Luego se levantó, hizo una leve reverencia —era un hombre alto, con el pelo rubio oscuro— y volvió a los campos.»

Poco después de que Estelle dejara a William, él, Lucy y sus dos hijas, Becka y Chrissy, se reunieron en la casa de William a cenar. Sus hijas se ocuparon de comprarle alfombras y muebles nuevos, de prepararle una habitación bonita para cuando Bridget viniera, en definitiva, cuidaron de su padre. Fue un momento de reencuentro familiar, como si el tiempo no hubiera pasado entre ellos, como si siguieran siendo una familia. Les invadió un sentimiento cálido de familiaridad.

«Me resultó facilísimo estar allí. Creo que todos sentíamos lo mismo. Era como estar fuera del tiempo, y los cuatro volvimos a los ritmos que compartíamos cuando éramos una familia. O sea, que me sentía totalmente relajada. Y tenía la sensación de que ellos tres también lo estaban. Era sorprendente lo fácil que nos resultaba a todos. Los miré a los tres y me pareció que estaban radiantes de felicidad.»

Es interesante ver la manera en que la narradora, Lucy Barton, da saltitos hacia adelante y hacia atrás en el tiempo y en los temas como si nos ofreciera un mosaico complejo y fragmentario de sus recuerdos. Esa escena en casa de William que termina con un abrazo familiar la hace pensar en su madre y en la ausencia de contacto físico que había entre ellas.

«Ya he escrito otras veces sobre ella y en realidad no tengo ganas de contar nada más, pero creo que hay un par de cosas que conviene saber para entender esta historia. El par de cosas son: no recuerdo que mi madre tocara nunca a ninguno de sus hijos si no era con violencia. No recuerdo que dijera nunca: Te quiero, Lucy.»

Poco después, William decide que quiere ir a ver el lugar donde vivía su madre y conocer a su hermana y le pide a Lucy que lo acompañe a Maine. Y así los dos emprenden un viaje, primero en avión, y después en coche hacia los escenarios del pasado de la vida de Catherine. En la biblioteca del pueblo había una exposición dedicada a aquellos soldados nazis

que llegaron a Maine como prisioneros de guerra. Había varias fotografías y en una de ellas pudieron reconocer al padre de William. También vieron de lejos a la hermana de William, Lois, y Lucy se acercó a conocerla y estuvo en su casa charlando con ella un buen rato, pero ella no quiso conocer a William. Había tenido una vida feliz, le confesó a Lucy. Su padre se casó con una mujer al poco tiempo y fue ella a quien consideró su madre desde el principio. Fue Lois quien le dijo dónde había nacido Catherine, en una casa que era apenas un cuartito y que no fue hasta que conoció a Clyde Trask, su primer marido, cuando salió de allí. Catherine había sido más pobre de lo que lo fue Lucy.

«Era la casa más diminuta que había visto en mi vida. Yo me crié en una casa muy pequeña, pero esta era mucho más pequeña, de una sola planta, y tendría como mucho dos habitaciones. Y al lado había un garaje muy pequeño. El tejado estaba hundido —era un tejado plano, y el centro parecía a punto de derrumbarse— y la casa era de color berenjena.

No me lo podía creer.

Miré a William, que parecía ido: atónito, supongo.

Por fin me miró y dijo:

—¿Aquí creció mi madre?»

El viaje de Lucy y William no fue solo hacia el pasado de Catherine, sino hacia las imbricadas raíces de su matrimonio. Las horas que pasan juntos en el coche recorriendo la geografía familiar de William le sirven a Lucy para repasar todo lo que salió mal en su matrimonio, los episodios más incómodos y tristes, la relación con su suegra, las decisiones que tomó y todo aquello que dejó de hacer mientras estuvo casada con él, hasta los humildes escenarios de su vida que vienen como reminiscencias en los parajes de Maine. Es como un ajuste de cuentas con la vida. ¿Quiénes somos? ¿Cuánto podemos llegar a conocer a todos aquellos con los que compartimos la vida? Y su conclusión parece atravesar las páginas de la trilogía. «Todos somos misterios».

«¿No quiero decir: ¡Ay, todo el mundo, ay, todo el mundo en este ancho mundo!? Porque no conocemos a nadie, ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos.

Si acaso un poquitín: poquísimo.

Pero todos somos misteriosas mitologías. Todos somos misterios: eso quiero decir.

Puede que esto sea lo único en el mundo que sé que es cierto.»

EXTRACTOS

SOBRE EL MATRIMONIO

«De repente tuve un recuerdo visceral de lo horrible que a veces me resultaba el matrimonio los años que viví con William: una familiaridad tan densa que lo invadía todo; un conocimiento del otro tan profundo que casi te atragantaba; que te entraba prácticamente por las fosas nasales; el olor de los pensamientos del otro; la conciencia de cada palabra que se decía; el más leve movimiento de una ceja; una inclinación de la barbilla apenas perceptible; nadie más que el otro comprendería su significado. Pero viviendo así era imposible ser libre, nunca.

La intimidad se volvió siniestra.»

«Estaba pensando en que el año antes de que dejara a William, casi todas las noches, mientras él estaba dormido, yo salía al jardincito de atrás y me preguntaba: ¿Qué hago? ¿Me voy o me quedo? A mí entonces me parecía una decisión. Pero al recordarlo en ese instante, me di cuenta también de que a lo largo de aquel año no hice nada por volver a mi matrimonio; quiero decir que ya me había ido. Aunque creyese que aún no había tomado una decisión.

Una amiga me dijo una vez: “Siempre que no sé qué hacer, me fijo en lo que estoy haciendo”. Y lo que estaba

haciendo yo ese año era irme, a pesar de que aún no me hubiera marchado.»

SOBRE SU PADRE

«Ya que acabo de nombrar a mi padre, me gustaría decir algo más de él. Él también sufrió estrés postraumático. Había estado en la Segunda Guerra Mundial, en Alemania, y volvió muy pero que muy afectado. Nunca hablaba de la guerra. Mi madre debió de contarnos que había combatido, porque yo lo sabía de pequeña. El estrés postraumático (aunque entonces yo no conocía el término) se manifestaba en el caso de mi padre con una ansiedad tan grande que al parecer le producía una necesidad sexual casi constante. A veces se ponía a dar vueltas por la casa...

No voy a decir nada más.
Pero yo quería a mi padre.
Lo quería.»

SOBRE CATHERINE, SU SUEGRA, LA MADRE DE WILLIAM

«Catherine me compraba ropa. Normalmente la que le gustaba a ella y a veces me dejaba comprar algo que me gustase a mí: una camisa a rayas para llevar con unos vaqueros; una camisa larga, azul

y blanca, que me encantaba. Una vez quiso comprarme unos mocasines blancos. “No querrás ponerte otra cosa”, me aseguró. Le dije que no los comprara, que no me los pondría. Eran unos zapatos que ella sí habría usado. Eso pensé, aunque no se lo dije, y al final no los compró.

Unos meses después de que William y yo nos casáramos, Catherine se deshizo de un abrigo que me gustaba mucho. Lo había comprado por cinco dólares en una tienda de segunda mano, y me encantaban los puños enormes y cómo se movía cuando andaba. Era azul marino y me encantaba, me veía reflejada en él. Y Catherine lo tiró un día después de llevarme a comprar uno nuevo. No recuerdo haber visto que lo tirase, solo recuerdo que cuando le pregunté dónde estaba se echó a reír y contestó que lo había tirado. “Ahora tienes el nuevo, que es muy bonito”.

Lo que me resultó curioso, curioso en plan interesante, es que Catherine me compró el abrigo nuevo en una tienda en la que no vendían cosas especialmente bonitas. Tardé años en darme cuenta, cuando empecé a distinguir unas tiendas de otras. Pero era casi una tienda de esas a las que iba gente con poco dinero.»

«He pensado a menudo por qué, en cuanto murió Catherine, yo quise recuperar mi apellido. Lo recuerdo como una muestra de rechazo: tenía la sensación de que Catherine había estado demasiado presente en nuestra vida.»

SOBRE SER ESCRITORA Y MADRE

«Recuerdo que cuando era estudiante y viví un año fuera del campus —aunque estaba casi siempre en el apartamento de William—, de camino a clase pasaba a diario por delante de una casa y me fijé en que la mujer que vivía en aquella casa tenía hijos, y era guapa —más o menos, creo—, y en vacaciones, la mesa del comedor se llenaba de comida, y alrededor de la mesa se sentaban sus hijos, casi mayores, y su marido —supongo que sería su marido— en la cabecera, y cuando yo pasaba por la ventana, pensaba: Así seré yo. Así seré yo.

Pero fui escritora.

Y eso es una vocación. Y creo que la única persona que me ha enseñado algo relacionado con la escritura fue quien me aconsejó: “No te endeudes y no tengas hijos”.

Pero yo quería tener hijos, más de lo que quería mi trabajo. Y tuve a mis hijas. Aunque también necesitaba mi trabajo.

Y ahora, a veces pienso que ojalá hubiera sido distinto... Sé que es una tontería, y que es sentimental, y que es absurdo, pero la idea me sigue viniendo a la cabeza:

Renunciaría a todo, al éxito que he tenido como escritora, renunciaría por completo —en lo que dura un latido—, a cambio de una familia unida y unas hijas que se supieran plenamente queridas por sus padres, que estuvieran unidas y se quisieran.

A veces pienso esto.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Ay, William* es el tercer volumen de una trilogía, si habéis leído el primero de ellos, *Me llamo Lucy Barton*, donde la protagonista se pasa los días internada en un hospital, habréis seguido el hilo que une a estos dos libros, ¿cómo ha cambiado nuestra protagonista? ¿Cómo era la Lucy Barton de treinta años y cómo es la de sesenta y cinco?
2. Os habrá llamado la atención la manera en que William, el primer marido de Lucy, se vuelve protagonista en este libro. ¿Cómo creéis que ha evolucionado la relación entre Lucy y William? ¿Qué pensáis del matrimonio entre Lucy y William? ¿Cómo se sentía Lucy cuando estaba casada con él?
3. ¿Cuánta influencia tiene la infancia humilde y precaria de Lucy Barton en su vida actual y en su manera de relacionarse con los demás?
4. ¿Cómo es la relación entre Lucy y sus hijas, Becka y Chrissy? ¿Creéis que la culpan de la separación, como si hubiera roto la familia?
5. ¿Pensáis que Lucy Barton pueda sentir el síndrome de la impostora?
6. ¿Creéis que hay algo de autobiográfico en la idea de cómo se construye la voz autorial de Lucy Barton en la novela?
7. A propósito de Catherine, la madre de William, ¿por qué creéis que trataba de esa manera a Lucy?

8. ¿Qué impresión os provocó el hecho de que Catherine abandonara a su primera hija?
9. ¿Cuáles son los temas principales de esta novela? ¿Creéis que es una novela feminista?
10. ¿Qué papel ocupan los cuidados —cómo Lucy, por ejemplo, cuida de la madre de William cuando se está muriendo— en la novela?
11. ¿Qué protagonismo tiene la geografía —los paisajes de Nueva York, Maine, Illinois— en la historia?
12. ¿Qué os parece el estilo que utiliza Elizabeth Strout en esta novela? ¿Cómo definiríais la voz de Lucy Barton?
13. Es curioso ver la manera en que Strout traza magistralmente las correspondencias entre la vida de Lucy Barton en Amgash, Illinois y la de Olive Kitteridge en Crosby, Maine —otra de las sagas de Strout. ¿Qué creéis que comparten ambas protagonistas? ¿Cómo se comunica el estilo de Strout en las dos sagas?
14. ¿A qué otros libros os recuerda la voz de Lucy Barton? ¿Conocéis alguna saga —trilogía, tetralogía— donde se siga la voz y la vida de una mujer a lo largo de varias décadas?
15. ¿Pensáis que puede haber un cuarto libro que siga las andanzas de Lucy Barton? Puestos a imaginar, ¿cómo os gustaría que continuara la historia de Lucy?

LA AUTORA

© Leonardo Cendamo



JANET SKESLIEN CHARLES (Portland, 1956) es una novelista norteamericana autora de *Amy e Isabelle* (1998, ganadora del Premio Art Seidenbaum de *Los Angeles Times* y del Premio Heartland del *Chicago Tribune*), *Abide with Me* (2006) y *Los hermanos Burgess* (2013), así como de las exitosas sagas protagonizadas por Olive Kitteridge —*Olive Kitteridge* (2008), ganadora de los premios Pulitzer, Llibreter, Bancarella y Mondello y

que se convirtió en una aclamada serie de televisión, y *Luz de febrero* (2019)— y por Lucy Barton —*Me llamo Lucy Barton* (2016), *Todo es posible* (2017) y, ahora, *Ay, William*, con la que Alfaguara inicia la publicación de la obra de Strout—. Además, ha sido finalista del Premio PEN/Faulkner y del Premio Orange. Actualmente vive entre Nueva York y Portland.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Sabes que estás en manos expertas cuando las primeras líneas de una novela trazan un corte limpio en tu corazón. [...] Casi todas las afirmaciones tienen la fuerza de una revelación».

The Washington Post

«Con su privada pero a la vez universal saga acerca de las idas y vueltas de la escritora Lucy Barton, Elizabeth Strout —gran conjuradora de la epifanía íntima y doméstica— se consagra como la más magistral alumna de John Cheever y James Salter».

Rodrigo Fresán

«Una brillante meditación sobre el trauma, la memoria y el matrimonio, y cómo nos distraen de las experiencias dolorosas».

Gwendolyn Smith, *iNews*

«Esta novela es un triunfo brillante que reflexiona de una manera delicada sobre el amor, la pérdida y el misterio de los demás».

Mail on Sunday

«De lectura obligada: su interpretación de los altibajos emocionales y de sus manifestaciones, del flujo de conciencia entre el pasado y el presente, convierte a Lucy Barton en una pariente cercana de la señora Dalloway».

Daily Telegraph

«Strout es buenísima analizando los elementos contradictorios en nuestra relación con nosotros mismos y con las vidas que llevamos, y hasta qué punto estos elementos sobreviven a un periodo de cambio. Es un placer leerla: un libro con mucha sabiduría».

Daily Mail

«Strout te lleva a reconsiderar todas las relaciones que has tenido y a plantearte si puedes hacer algo al respecto mientras estés a tiempo».

Spectator

«Una reflexión magistral, inteligente, conmovedora y, sobre todo, inspiradora en torno a la existencia humana».

Booklist

«Otra indagación hábil y reflexiva acerca del credo fundamental de Strout: todos somos un misterio».

Kirkus Review

«Una novela luminosa sobre el amor, la pérdida y los secretos familiares; cuesta creer que una escritora sea capaz de comprendernos tan bien».

Sainsbury's Magazine

«Strout vuelve con su avatar literario, Lucy Barton, en esta radiante —aunque melancólica— reflexión en torno al matrimonio, la mortalidad y las complejidades del amor».

Oprah Daily

«Strout es una anatomista magistral de las almas errantes. [...] Fiel a su estilo, el libro disecciona los secretos del corazón».

Los Angeles Times

«El drama doméstico que llena sus novelas suele dar pie a sorprendentes revelaciones acerca de las dificultades que acompañan al matrimonio, la paternidad y el envejecimiento. Esta novela no es una excepción».

TIME

«Un libro maravilloso. Me parece muy inteligente cómo se va construyendo en pequeñas capas, cada detalle hace que la historia sea más verdadera y dolorosa».

Emma Healey

«Strout atrae al lector de inmediato: [...] sus observaciones crudas y afiladas sobre la identidad y las relaciones, las adaptaciones necesarias para lograr una sostenibilidad duradera impulsan la narrativa hacia una autoconciencia profundamente empática».

Shelf Awareness

«No conozco ningún otro escritor que retrate la vida de esta manera, con tanta amplitud y complejidad, tanta conciencia de la luz y de las sombras, trazadas con brochazos sublimes, claros y sencillos. [...] Un libro majestuoso».

Rachel Joyce

«Una historia silenciosa, maravillosa y sabia sobre el envejecimiento, el arrepentimiento, la soledad, las personas difíciles y lo complicado de encontrar un punto medio satisfactorio, a pesar de todo».

AARP

«Una novela fascinante. [...] La pluma hábil de Strout, desgarradora a la vez que humana, demuestra que está en su mejor momento».

Avenue

«La tierna misericordia de Strout, llena de detalles y de saberes esclarecedores, continúa asombrándonos».

Esquire

